



Por: **NICOMEDES
SANTA CRUZ**

Los decimistas de antaño

INICIAMOS, con este artículo, una serie de escritos por la pluma de **NICOMEDES SANTA CRUZ** sobre los más diversos tópicos del costumbrismo costeño. **ESTAMPA** alerta a sus lectores para que tengan la precaución de coleccionar semanalmente estos artículos y ensayos folklóricos, producto de largos peregrinajes y exhaustivas investigaciones.

Hasta hace cuarenta años, cuando aún era notable el porcentaje de población negra en ciertas comarcas de la Depto. de Piura, Lambayeque, La Libertad, Lima e Ica, fueron negros —o mestizos de negro— los mejores cultores de este género de poesía popular. En la manera tradicional, a la manera de los negros o descendientes de negros de las Antillas y de toda América Latina. Con muy pocas variantes, he escuchado en Panamá, Colombia, Perú y Chile, las mismas décimas tradicionales, cuya paternidad se atribuye todo aquel que las sabe:

"Tengo que hacer un vestido del color del pensamiento,
con botones del olvido
y género de escarminante..."

O esas otras, inspiradas "a lo divino", que emplean así: "Estaban el Tres y el Cuatro...". Como también son tradicionales las décimas "de saludo" que dicen:

"In nombre Patrill, Filis
y del Espíritu Santo...
En esta forma saludo
por no saber con quién
jante..."

Ahora bien, de este repertorio, tradiciones con toda justicia pertenecen al Folklore Latinoamericano— era considerado Decimista quien memorizara una cantidad de ochenta a cien décimas. Pero sólo eran respetados como tales, los que a lo recopilado agregaban composiciónes de su propia inspiración:

"Justo me debe unos reales,
yo también le debo a Justo;
y si justo no me alista
yo tampoco alisto a Justo..."

Pero estas flamantes creaciones, tarde o temprano pasaban a engrisar el repertorio folklórico, pues, los ávidos oyentes que las escuchaban por vez primera en un caso ocasional, las memorizaban y con mayor frecuencia y con mayor libertad que nuestras modernas grabadoras magnetofónicas, alteraban algunas palabras a su criterio y sabor, olvidaban al autor y presto se en-

cambaban al pueblo, vino para el mundo. Y destumbar a los estilos nuevos décimas. Y en aquel deliberado plagio no había in: validad, pues a nadie importaba saber quién era el autor original, sino quién las tenía en repertorio. Pero ¿por qué ese afán de ser decimista? ¿Inera afición?... En algunos casos, el mayor incentivo era la necesidad de la popularidad, prestigio y gloria que era el mayor honor para los suyos un reputado decimista: La doncella más pura y recatada, o la esposa fidelísima, calan rendidas en sus pecadoras garras cuando a la suave melodía del socobón, la guilaya armonizada con la dulce voz del decimista que las cantara:

"¿Piera yo, por conseguirte
o por que tú me quisieras,
las dos niñas de mis ojos
aunque me quede sin ellas..."

En el "tambo", o en la "casa'e jarana", o en las "pulpertias", limeñas, destumbraban a los concurrentes con su saber filológico o sus apveciados teológicos:

"Dios no ha existido jamás,
ni tampoco el Padre Eterno,
No hay 'al' condenación
ni Purgatorio ni infierno."

Y allí mismo, un inspiorado adalid del catolicismo, recitaba terminantemente:

"Nadie ha dicho de Dios nada
ni tampoco de María,
¡Con rezar una oración
se castiga ese hereje!..."

¡Lindos tiempos aquellos en que el verbo flovido del decimista podía desarmar la belicosa mano del chavetero con solo decirle:

"¡Tápate porque te tiro,
Quítate porque te doy..."

Entre los aficionados puros, que cantaran por verdadera afición, hubo en Chancay un moreno analfabeto, a cuyas manos cayera un libro de Historia Sagrada—creo que además era diego—y se iba leyendo los capítulos que él memorizaba entonando. Para luego convertirlas en llamadas "décimas a lo divino", y lo hizo: ¡Después de la inauguración de el Génesis hasta el Apocalipsis!... En ese te-

rreno fue imbatible... Otra hazana de esa época fue la realizada por los autores que llevaron las décimas más las noticias sobre la Primera Guerra Mundial (1914-1918), leídas en los diarios que por millagro llegaban a sus manos:

"Los del imperio Alemán
con su poder fracasando
dicen que dominarán
las cinco partes del mundo".

Por supuesto que todos estuvieron de parte de los más últimos atacaban al Kaiser Guillermo II:

"¡Dice el norteamericano
silado con el inglés:
¡Con sí oro, en esta vez,
ganamos tarde o temprano!"

Era costumbre entre los decimistas de antaño, tener un cuaderno donde archivaban lo mejor de su repertorio. El tal cuaderno era su pertenencia más preciada, guardado en el cosmonario que ni sus familiares más cercanos debían al fallar de su dueño. Casos hubo en que ésta suplícase a los suyos—y como postrar desecho—ser sepultado con su cuadernito, tal como lo dice la antigua y conocida rondalla:

"Ma voy con mi guitarrita
y mi famoso cuaderno
ma ver si en los infernos
hallo un diablo decimista..."

Porque, como hubieron decimistas—al quien se sintiendo cansa su muerte, no le gase una noche al pueblo con los ojos desorbitados y temblando convulsivamente porque en el camino escuchase una voz que contestara desafiante las décimas que tenía cantando a solas. Se despidiera y entablaba en el cielo poético con su hechizo conector. Luego se despidió como una sombra embobada. Y en lo más crítico de la contienda nuestro héroe le cantara una décima "a lo divino" que al escuchar el fantasmagórico rival, explotara dejando una estela de humo y azútre... Con lo cual el viejo decimista se iba a su inmortaldad, con su inauguración que le daba haber dado al mismísimo diablo.